

Modernismo y modernidad en el México de 1900

GABRIELA VALLEJO CERVANTES

*¿Fue acaso ilusión de un momento?
¿Qué rumor de tropel en las alas del viento
pareció de muy lejos, salvando la espesura,
venir como un funesto presagio de pavora?
—¡Es el viento! —dice una de las ninfas heridas
de pavor. —¡Es el viento! —dice otra, y conmovidas
prosiguen espigando flores de la pradera
y bordan el paisaje cual flores de quimera.*

Rubén M. Campos

Ilusión es una palabra que se contrapone a historia. O por lo menos así parece ser desde un punto de vista formal: la ilusión depende de fantasías, sueños, incluso de engaños o delirios donde la visión toma por real aquello que no existe. Y sin embargo, en los mundos aparentes que habitamos resulta cada vez más difícil decidir cuáles son las fronteras de la existencia o medir el momento exacto de la aparición o desaparición de ciertos fenómenos como la visión de una época, el nacimiento de una utopía, el fin de una insurrección. Se diría que los reconocemos por oposición, cuando entra en escena un hecho que representa su contrario, y este hecho, esta realidad está señalada por la brújula de la historia. Pero en el gran mapa de la realidad los movimientos de la historia también son misteriosos, pasos que esconden o revelan relaciones insospechadas entre los acontecimientos, vínculos que salen a la luz como respuesta a promesas, formulaciones y quimeras de siglos atrás.

El modernismo, y sobre todo el modernismo en México, dejó luego de los choques revolucionarios un sabor a ilusión, a paisaje de fuentes abrevadas por faunos y ninfas, a palacios de malaquita, gélidos fjords y aromas orientales, mientras por las calles de ciudades y pueblos una población luchaba por alimentarse, por el derecho para trabajar la tierra y poseerla. Desde fines del siglo XIX, la sociedad burguesa moderna se

interesó en los valores materiales, la industria, el comercio y el ascenso social. La mirada hacia el exterior, hacia los países más industrializados y las ciudades consideradas centros culturales, produjo un sentido de utopía alcanzable que fortaleció la imitación y la reproducción de los modelos extranjeros en las artes, en la moda, en la arquitectura, en la planeación urbana, en la alimentación. La burguesía buscaba la “representación”, cuya escenografía, la gran ciudad y la casa, era símbolo de su personalidad cosmopolita y grandilocuente. Este tipo de grupo social se caracterizó y se ha caracterizado por la continua autorreferencialidad. En la literatura modernista esto se tradujo en una visión nostálgica, que privilegiaba los recuerdos de un pasado señorial y confirmaba el predominio de sus valores.

En esta línea de trabajo de reconstrucción se encuentra la obra de Rubén M. Campos: *El bar. La vida literaria de México en 1900*, recientemente editada en la atractiva colección *Ida y regreso al siglo XIX*, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Esta obra representa un recorrido no sólo por el fin de siglo mexicano sino por acontecimientos concretos que revelan el contraste de los tipos de sociedad que coexistían en el México de 1900

y que chocarían abruptamente pocos años después: en contraposición a la burguesía (y a una clase media culta) con aspiraciones hacia Europa, el indigenismo era la visión de raíces antiguas aún no conciliada del país. En esta vertiente de caminos, el poeta funciona como un observador que proyecta las rutas que interrelacionan la parte y la contraparte: la modernidad en convivencia con la crítica a la modernidad, la fórmula del progreso con el recuerdo de sus limitaciones.

Rubén M. Campos, nacido en 1871 en el estado de Guanajuato, perteneció al grupo de poetas que junto con José Juan Tablada, Amado Nervo, Luis G. Urbina y Jesús Valenzuela fundaron la *Revista Moderna*. Con una obra literaria variada —desde la poesía, el cuento y la novela hasta la crónica—, su contribución más reconocida en su momento fue quizá su labor en las publicaciones periódicas —incluso en una de las más prestigiosas, la revista *Azul*, dirigida por Manuel Gutiérrez Nájera— y como cronista de la vida artística y literaria del país en esa época. Posteriormente tuvieron especial relieve sus trabajos sobre el folclor y la música de México, que le dieron renombre y relegaron a un segundo plano sus obras poéticas y narrativas (publicó dos novelas, *Claudio Orronoz*, reeditada por Premiá en 1982, y *Azilán, tierra de las garzas*), elogiadas por los poetas de principios de siglo. La obra que reseñamos, *El bar. La vida literaria de México en 1900*, corrió también con la suerte del olvido. Según Serge Zaïtzeff, en su prólogo a este libro, ciertos títulos, como las memorias de José Juan Tablada, se enunciaron en la prensa y nunca se publicaron. Desde 1907



se venía anunciando la salida de *El bar*, y en 1935, año en el que el autor fecha el manuscrito, sólo habían aparecido un par de capítulos en la *Revista moderna de México* y en *Gladios*. La suerte de ésta y otras publicaciones puede deberse a varios factores: por un lado es importante hacer notar que a pesar del auge artístico de fines del XIX y de las iniciativas de Justo Sierra a principios del siglo XX, las casas editoriales prefirieron publicar textos extranjeros y las librerías privilegiaban el comercio de libros españoles. Esto, aunado al cambio de visión político-social luego de la caída de Porfirio Díaz, propició el olvido de autores que nutrieron la vida cultural de la época. Con los choques revolucionarios, la añoranza por el pasado clásico y la exaltación de los valores burgueses fueron soslayados por una nueva mitología política de caudillos y otros centauros épicos que recorrieron no los verdes campos de la imaginación modernista sino la tierra viva y agrietada de los menos privilegiados. Los temas románticos como la vuelta a la naturaleza (que Rubén M. Campos alabó extensamente en su poesía paisajista) y el amor heroico e ideal se transformaron en los de la lucha encarnizada por la tierra y el heroísmo de la nueva patria, favoreciendo la pérdida del registro de la memoria y fortaleciendo el rechazo y el desvanecimiento de ese complejo mundo anterior de los cimientos y presupuestos teóricos de la *modernidad* de la nueva república recién constituida.

La recuperación, pues, de esta obra de Campos reviste una especial importancia: implica el rescate de los nexos con ese otro periodo finisecular, época clave donde se inició la experimentación formal y de donde se desprendería una nueva concepción del país que cristalizaría con las vanguardias latinoamericanas y definiría luego el sentido de lo mexicano dentro del gran entramado internacional. La visión extranjerizante, la búsqueda de la utopía y la contradicción de las exaltaciones materiales permanecieron como una réplica oculta en esa nueva ilusión de modernidad de un país más igualitario. Los intelectuales, continuadores del proyecto modernista, buscaron en el indigenismo ahora una voz propia, entre los ecos de las aspiraciones de sus antecesores. La voz que logró hacer perdurar en este caso Rubén M. Campos es la de los protagonistas de un momento singular de nuestra historia, los testigos de la inminente caída de un sistema cuyo futuro estaba construido fuera

del territorio nacional. En esa mirada melancólica y nostálgica irán desfilando por esas páginas Luis G. Urbina, Salvador Díaz Mirón, José Juan Tablada, Manuel José Othón, el pintor Julio Ruelas y Bernardo Couto en sus paseos a Xochimilco, en las noches de ópera, en los agasajos gastronómicos de Jesús Valenzuela en su casa de Tlalpan, o en las "faunalias de intelectuales", donde "las calorías de las viandas y de los clemoles, de los jugos fermentados de las uvas, del lúpulo y la malta de la cerveza y del fragante zumo de los agaves" propiciaban la conversación, la complicidad literaria, política y social, y donde se tenía la impresión de que la Ciudad de México era ya una de las grandes del mundo, un espejo del cosmopolitismo europeo, un logro del progreso del país. La publicación de *El bar. La vida literaria de México en 1900* nos permite realizar un viaje con la lente de los actores y recibir de primera mano los cuadros de la efervescencia cultural y política dentro del marco de control ideo-

lógico del porfiriato. Más allá de la amenidad y destreza en el trazo de personajes y situaciones, Campos nos ofrece una rica reseña de poetas y críticos que formaban parte de la escena literaria anterior a la Revolución, con lo cual llena una laguna informativa de nuestras letras.

Si bien el modernismo se caracterizó por la búsqueda de una utopía, nuestras búsquedas utópicas, señoriales y de integración no han terminado. La lectura y el rescate de fuentes documentales olvidadas nos permiten reconocer mejor los caminos que tomamos hacia una nueva modernidad, en relación con los nexos de nuestra historia y nuestra literatura. La tentación final, o fatal, es el eterno retorno. ♦

Rubén M. Campos: *El bar. La vida literaria de México en 1900*, UNAM (Col. Ida y regreso al siglo XIX), México, 1996. 316 pp.

